
Conferencia en la Universidad de Yale 'The future of Southern European Countries', 11.02.14

“Ahora que la situación económica se ha estabilizado, toca pensar a lo grande. Necesitamos reformas económicas que permitan a España crear empleo y seguridad económica, así como competir en la carrera global. Estoy hablando de reducir el endeudamiento, bajar los impuestos, apoyar a las empresas innovadoras, racionalizar el gasto social, proveer mejor capacitación y construir más colegios”.

“Me han pedido que comparta mis puntos de vista sobre el futuro de los países del sur de Europa.

Como sabréis, tuve el honor de ser presidente de España en el periodo 1996-2004.

Eran tiempos difíciles. En el año 1996, España estaba próxima a la bancarrota. En aquellos años, la tasa de desempleo alcanzó el 23 por ciento y, lo que es peor, España llevaba dos décadas sin crear empleo. La estructura económica del país estaba anticuada, no existía auténtica competencia en los mercados de bienes y servicios, y el sector público actuaba como rémora para la prosperidad que la sociedad española anhelaba.

No obstante, era la falta de ambición el mayor problema que la sociedad española debía afrontar en aquel momento.

Tras ocho años de Gobierno del Partido Popular, la renta per cápita de España se había incrementado en un 30 por ciento; la economía había creado 5 millones de empleos, reduciéndose considerablemente la tasa de paro; el gasto público había caído por debajo del 40 por ciento del PIB, y el mercado interno se veía impulsado por la creciente competitividad del sector privado.

Sin embargo, el mayor logro fue el de convencer a los españoles que España no era diferente. Que España podía y debía en pie de igualdad con los países más avanzados del mundo.

En la actualidad, la situación económica de España no es muy distinta de la que existía en 1996. La crisis ha golpeado duramente los principios que informan nuestra economía, al igual que ha sucedido en el resto de países del sur de Europa.

No obstante, cada país precisa una solución distinta. En el siglo XXI, todos los países saben muy bien lo que hay que hacer para alcanzar la prosperidad. Únicamente la falta de voluntad política y las estrategias cortoplacistas pueden separar a un país del éxito.

La sociedad española ha entendido perfectamente este mensaje. Es por ello que, en 2012, los españoles volvieron a confiar al Partido Popular la tarea de gobernar el país y devolverlo a la senda del éxito. De esta manera, España ha evitado la bancarrota y puede ahora presumir de una merecida recuperación económica.

Ahora que la situación económica se ha estabilizado, toca pensar a lo grande. Necesitamos reformas económicas que permitan a España crear empleo y seguridad económica, así como competir en la carrera global. Estoy hablando de reducir el endeudamiento, bajar los impuestos, apoyar a las empresas innovadoras, racionalizar el gasto social, proveer mejor capacitación y construir más colegios.

Los desafíos nacionales para España y demás países de Europa meridional están claros. Todos debemos poner orden en nuestra casa. Y todos tenemos todavía mucho que hacer en el ámbito nacional.

Sin embargo, como miembros de la Unión Europea que somos, la victoria en esta carrera global también requiere actuación en el ámbito europeo.

Permitidme dedicar el resto de mi intervención a estas reformas que Europa debe, en mi opinión, emprender sin demora.

Voy a empezar con tres breves declaraciones sobre mi postura con respecto a Europa y luego pasaré a describir los cinco grandes desafíos a los que creo que Europa se enfrenta en este momento.

Primera declaración: creo que Europa ha desempeñado un papel absolutamente crucial para el progreso de la vida y la sociedad civilizada en el mundo. Grecia, Roma, el humanismo, el cristianismo, la ilustración... la defensa de los derechos humanos y las libertades; el ejercicio de un gobierno limitado; la

separación de poderes; las ideas de ciudadanía y pluralismo político... Los grandes valores que distinguen a las sociedades modernas, civilizadas y abiertas –lo que conocemos como valores occidentales– hunden sus raíces en la historia europea.

Segunda declaración: Yo soy un firme defensor de la Unión Europea como proyecto compartido de paz, democracia, libertad y prosperidad. La Unión Europea es la victoria de la reconciliación sobre el conflicto; de la democracia sobre el extremismo político; de la cooperación y la colaboración sobre la división y el conflicto; y ha traído el mayor periodo de paz y prosperidad que

haya conocido el continente europeo. Se merece y debe ser preservada, por el bien de las generaciones futuras.

Tercera declaración: No comparto el pesimismo resignado de los que dicen que Occidente –en concreto Europa– está condenado a un largo período de declive continuado. Tampoco creo que el crecimiento del Pacífico implique la inevitable decadencia del Atlántico. Creo que Europa todavía tiene una posición clave en cuestiones económicas, políticas, estratégicas y culturales en el mundo, y tiene una buena oportunidad de mantener el liderazgo que disfruta junto a su aliado más fuerte y más importante, los Estados Unidos. El siglo XXI no tiene por qué ser el siglo del Pacífico. También puede ser un nuevo siglo Atlántico.

Para que esto ocurra, es necesario que cambien muchas cosas en

Europa. Europa no puede sentarse y ver cómo progresa el mundo. Europa no puede seguir empantanada en la crisis, la confusión y la incertidumbre. Debe

recuperar el sentido de propósito y dirección, y establecer un plan de acción que los ciudadanos de las diferentes

naciones de Europa puedan entender, compartir y apoyar. Y tiene que afrontar los numerosos retos de nuestro tiempo con visión y decisión. Los retos más importantes o urgentes son, en mi opinión, los siguientes cinco:

Primer Reto: El primer desafío de Europa es económico: debemos consolidar el euro y realizar reformas estructurales profundas.

Durante el último año aproximadamente, el futuro de la moneda común europea –el euro– ha sido puesto en duda. El desafío europeo más apremiante durante estos meses ha sido hacer del euro una divisa irreversible. La ruptura del euro habría significado la ruptura de Europa.

Pero los europeos podrían cometer un serio error culpando al euro. Durante los últimos seis años, la economía europea se ha estancado. En el mismo periodo, la economía india ha crecido más de un tercio; la china, casi un 70 por ciento; se calcula que durante los próximos quince años la cuota de producción mundial europea se queda en la mitad.

Mi continente se está quedando atrás. Nadie puede negarlo.

Miren la innovación. La solicitud de patentes mundiales casi se ha reducido a la mitad en la última década en Europa. Miren el desempleo. Una cuarta parte de los jóvenes –y en algunos países como España más del 50 por ciento– en busca de un trabajo no lo encuentra. Miren al bienestar. Representando el 7 por ciento de la población mundial y el 25 por ciento de su economía, Europa representa el 50 por ciento del gasto en bienestar social. No podemos seguir así.

El futuro del euro y de la Unión Europea como un espacio de libertad, prosperidad y oportunidades para millones de personas depende básicamente de nuestro compromiso con tres cosas: reformas económicas estructurales profundas, disciplina fiscal y una unión económica y financiera más estrecha.

Como presidente de España tuve la responsabilidad de supervisar la entrada de mi país en el euro. Yo solía insistir entonces en que el euro significaba el comienzo, y no el final, del camino. Ser parte del club del euro implicaba entonces –y aún hoy– aceptar y adoptar tres grandes compromisos.

Un firme compromiso con las reformas estructurales para que todas las economías europeas fueran flexibles, abiertas y competitivas.

Un compromiso firme con la disciplina fiscal. Es decir, asegurarse de no gastar más de lo que se debería, para que el presupuesto se mantenga fuerte y saludable.

Y, por último, un compromiso firme con una unión económica y financiera más estrecha entre los Estados europeos. Este último punto es crucial.

Segundo reto: el segundo reto más importante de Europa es social: hay que repensar y revisar los límites del Estado del bienestar.

Este reto no es exclusivamente europeo, creo que es uno de los temas clave de nuestro tiempo. Todas las sociedades modernas ya consolidadas tendrán que abordar en algún momento la espinosa cuestión sobre el estado del bienestar: ¿cuánto puede y debe costar? ¿Es sostenible un modelo que se caracterice por un alto grado de protección social?

Para Europa, hacer frente a este problema es especialmente urgente. Desde la Segunda Guerra Mundial, el llamado "modo de vida europeo" ha adquirido características que no siempre parecían sostenibles ni razonables. El concepto fundamental de la responsabilidad individual – que es el núcleo de la innovación, la competencia, la creatividad, el espíritu empresarial y el progreso–

ha sido eliminado, en cierta medida, por lo que podríamos denominar como una "cultura de derechos", derechos que el Estado debe proveer y, por supuesto, pagar. El resultado está a la vista de todos: la crisis económica actual en Europa es, en gran medida, consecuencia de los excesos cometidos por una lectura errónea del estado del bienestar.

Tenemos que repensar los límites del Estado del bienestar. Tenemos que encontrar un equilibrio más razonable entre derechos y responsabilidades y entre Estado e individuo. Europa necesita menos intervención estatal y más libertad económica.

El tercer desafío: el tercer gran reto de Europa es político: necesitamos una nueva narrativa y debemos hacer que nuestras instituciones sean más representativas, eficientes y con mayor rendición de cuentas.

La combinación de la larga crisis económica y la falta de una acción decidida por parte de las instituciones de Bruselas está provocando un aumento de movimientos populistas y nacionalistas en toda Europa, el fuerte descenso del sentimiento pro-europeo, los signos de desafección hacia Europa se han multiplicado en los últimos años sin una respuesta clara o adecuada por parte de los líderes y las instituciones europeas.

En lugar de clamar por "más Europa", que es lo que la mayoría de estos líderes e instituciones han hecho, tal vez deberíamos tratar de ofrecer respuestas claras a dos preguntas: "¿Por qué Europa?" y "¿qué clase de Europa?" Y hacerlo no es tan fácil como podría parecer.

Durante muchas décadas, Europa ha significado paz y prosperidad.

Ahora, las generaciones más jóvenes, que no tienen memoria de ninguna de las dos guerras mundiales, en general dan por sentada la paz en Europa. Europa tiene que redefinirse y explicarse. Por tomar prestada una expresión común entre los analistas políticos, necesita una "nueva narrativa".

En cuanto a la segunda pregunta, ¿qué tipo de Europa?, el debate

parece moverse entre aquellos que consideran que unos Estados Unidos de Europa, con estructuras políticas federales totalmente integradas, resolvería de inmediato todos nuestros problemas actuales, y aquellos que agitan las llamas del nacionalismo e incluso la xenofobia contra Europa y contra los otros. Creo que lo que Europa necesita son instituciones más representativas y eficientes,

más rendición de cuentas y menos burocracia. Necesita Estados-nación democráticos sólidos y vigorosos, comprometidos con el proyecto europeo y con los valores de las sociedades libres y abiertas, y que estén dispuestos a trabajar cada vez más estrechamente frente a la creciente competencia.

Cuarto reto: el cuarto gran reto de Europa afecta a nuestras políticas exteriores y de defensa: hay que definir y ser capaces de expresar y defender coherentemente nuestra posición en el mundo.

1 - Un cambio de visión: del idealismo al realismo sobrio

Los europeos tienden a ver el mundo desde un prisma de optimismo. Hay muchas razones que explican esto: desde la superación, tras la Segunda Guerra Mundial, de los permanentes conflictos que existieron entre las grandes potencias hasta la caída del comunismo y el pacífico triunfo de la Guerra Fría.

La UE nunca desarrolló una capacidad militar real y sólida para sí, ya que la defensa descansaba en sus miembros y en su compromiso con la OTAN.

Probablemente debido a este optimismo histórico, los europeos recibieron con brazos abiertos los cambios en el Norte de África y Oriente Medio, conocidos como la Primavera Árabe.

Sin embargo, dos cambios importantes están obligando a Europa a

reconsiderar nuestras ideas tradicionales. Por un lado, un país, EE.UU., que con la presidencia de Barack Obama parece estar en retirada global del mundo, o al menos en retirada de algunas regiones del mismo, incluyendo Europa; por otro lado, la falta de transiciones democráticas en Oriente Medio.

No creo exagerar si digo que el europeo medio de hoy observa el mundo con más preocupación que en el pasado reciente. Los líderes definitivamente están mucho más preocupados.

2 - Aún persiste una visión esquizofrénica: más amenazas, pero menos Defensa

Para la mayoría en Europa, la larga paz de la Guerra Fría y las promesas de los años posteriores –los años del "Fin de la Historia" para citar a Francis Fukuyama– hacían que la defensa tuviera recursos financieros y humanos limitados y que estuviera orientada no a operaciones de combate, sino a tareas de estabilización. Sólo una minoría entiende y apoya otras funciones para sus militares.

La alarma con la que muchos hoy en día ven los retos de seguridad en la periferia de Europa es demasiado reciente como para superar los recortes prolongados en defensa llevados a cabo en cada país año tras año en las dos últimas décadas como una expresión material de los famosos "dividendos de la paz".

La realidad es que ha surgido una verdad incómoda: los ejércitos europeos se han reducido no sólo en presupuesto y personal, sino también, y esto es más importante, en capacidades operativas. El resultado final: que aquellos a los que les gustaría contribuir a las operaciones internacionales no pueden, mientras

que aquellos que pueden, la mayor parte del tiempo encuentran obstáculos políticos que los paralizan.

3. El liderazgo es la respuesta

La mala noticia, obviamente, es que hoy en día muy pocos pueden y están dispuestos a actuar. La buena noticia es que esto se puede invertir, porque se trata esencialmente de una falta de atención en la defensa y la seguridad y, sobre todo, de falta de coraje.

Soy plenamente consciente de que los años de los grandes presupuestos de defensa han acabado. Y no se espera que vuelvan, al menos por una buena temporada. Pero lo que sí es posible para los europeos –en realidad es una necesidad estratégica– es repensar sus fuerzas militares para poder hacer frente a los desafíos más probables del futuro.

Esta revisión estratégica es inevitable. El paraguas de EE.UU. no va a estar allí siempre que lo necesitemos. No va a ser fácil, ya que las divergencias estratégicas persistirán y probablemente requerirán soluciones imaginativas, como coaliciones más pequeñas de aquellos que estén dispuestos, tal vez con una orientación y base regional.

Quinto desafío: el quinto gran reto de Europa es estratégico: hay que renovar y fortalecer nuestra alianza con los Estados Unidos, y ampliar la asociación transatlántica con otros países de América Latina y África.

De la misma forma que las Américas no pueden entenderse sin referencia a Europa, estoy convencido de que Europa –nuestra libertad, nuestra seguridad y nuestra prosperidad– no puede ser entendida sin los Estados Unidos de América, sin el Atlántico.

Esta relación tradicional del Atlántico debe ser fortalecida, y con este fin también debe ser renovada.

Los cambios que han tenido lugar en todo el mundo en la última década afectan necesariamente a la relación transatlántica. El ascenso de China y otros países asiáticos como principales competidores económicos. El espectacular progreso político y económico realizado por muchos países latinoamericanos,

algunos de los cuales se han convertido en actores clave en los asuntos mundiales. El descubrimiento de nuevas fuentes de energía en los Estados Unidos y su impacto en la política exterior de la potencia dominante.

Estos y otros elementos deben tenerse en cuenta para establecer la alianza transatlántica tradicional sobre cimientos nuevos y sólidos. Y Europa, probablemente como la parte más interesada en esta alianza, debe tomar la iniciativa.

De hecho, se ha dado un paso muy importante. Las negociaciones para un acuerdo de libre comercio entre Europa y los Estados Unidos –el llamado TTIP, Acuerdo para el Comercio y la Inversión Transatlántica– por fin han comenzado. Se trata de un proyecto muy importante, no sólo en términos económicos o comerciales. Estratégicamente, el acuerdo sería decisivo: daría nueva vida a la marchita relación atlántica, renovaría las bases del liderazgo del

Atlántico (los EE.UU. y Europa podrían establecer las reglas de la nueva economía mundial), y, lo que es más importante, se crearía un marco para una alianza transatlántica más amplia.

De hecho, el reto de Europa es poner toda la energía política y su voluntad no sólo en culminar el acuerdo comercial con los EE.UU. lo antes posible, sino también en su ampliación a otros ámbitos (energía, seguridad, mercados de trabajo, etc) y a otros países. En primer lugar y ante todo, a los países de América Latina y África que hayan mostrado su compromiso con la libertad, la democracia y los valores de una sociedad abierta. Para Europa, el Atlántico ha sido una fuente de unidad, libertad y prosperidad. Ahora, en tiempos de crisis y de cambios profundos en todo el mundo, es también nuestra mayor oportunidad.

Breve conclusión:

Estos, creo, son los cinco grandes retos a los que se enfrenta Europa en este momento.

Como dije al comienzo de estas palabras, no creo que las sociedades europeas estén condenadas al fracaso o al declive. Europa es la cuna de los valores que caracterizan a las sociedades modernas, abiertas y civilizadas. Ha demostrado su capacidad para superar las crisis más profundas y su potencial para conseguir los logros más extraordinarios. Y lo que es más importante, está llena de gente talentosa, trabajadora, creativa y emprendedora. Todo lo que necesita es un plan claro y bueno de acción y líderes con fuerza de voluntad, coraje y determinación para llevarlo a cabo”.